

2 inéditos de Leopoldo Brizuela



Leopoldo Brizuela

Este cuento llegó a la redacción de Ayesha Literatura (primera época) en 1979 y ha permanecido inédito desde entonces. Alguna vez, desde entonces, consultamos a Leopoldo sobre su publicación y siempre se sintió pudorosamente eximido de querer hacerlo. Su ausencia nos redime del compromiso tácito de no darlo a conocer.

Ernestina y su espejo

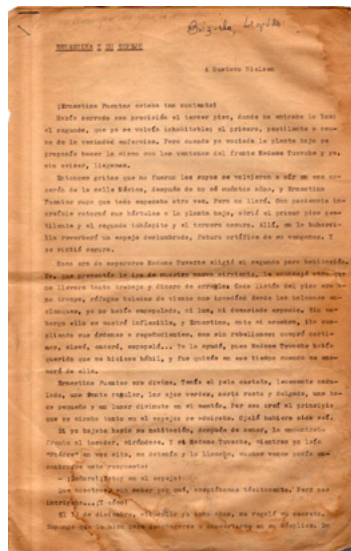
Ernestina Fuentes estaba tan contenta! Había cerrado con precisión el tercer piso, donde no entraba la luz punto; el segundo ya se volvía inhabitable; el primero, pestilente a causa de la vecindad enfermiza. Pero cuando ya vaciada la planta baja se proponía hacer lo mismo con las ventanas del frente Madame Tuvache y yo, sin avisar, llegamos.

Entonces gritos que no fueron los suyos se volvieron a oír en ese caserón de la calle México, después de no sé cuántos años, y Ernestina Fuentes supo que todo empezaba otra vez. Pero no lloró. Con paciencia increíble retornó sus bártulos a la planta baja, abrió el primer piso pestilente y el segundo inhóspito y el tercero oscuro. Allí, en la buhardilla, reveló un espejo deslumbrado, futuro

artífice de su venganza. Y se sintió segura.

Como era de esperarse, Madame Tuvache eligió el segundo para habitación. Yo, que presentía la ira de nuestra nueva sirvienta, le aconsejé otro que no llevara tanto trabajo y dinero de arreglos. Cada listón del piso era una trampa, ráfagas heladas de viento nos invadían desde los balcones enclenques, ya no había empapelado, ni luz, ni demasiado espacio. Sin embargo, ella se mostró inflexible; Ernestina, ante mi asombro, iba cumpliendo sus órdenes a regañadientes, mas sin rebeliones: compró cortinas, clavó, encerró, empapeló... Yo la ayudé, pues Madame Tuvache había querido que me hiciese hábil, y fue quizás en ese tiempo cuando me enamoré de ella.

Ernestina Fuentes era divina. Tenía el pelo castaño, levemente ondulado, una frente regular, los ojos verdes, nariz recta y delgada, una boca pequeña y un lunar diminuto en el mentón. Por eso creía al principio que se miraba tanto en el espejo: se admiraba. Ojalá hubiera sido así.



Lopo y La Val

Jopo Rojo con Lobo



Luisa Valenzuela

Foto: Gaspar Correa

Leopoldo y Luisa Valenzuela compartieron charlas a diario que se transformaron en una versión juguetona y algo procaz del gran clásico infantil. El firmó Lopo para el caso; y ella, La Val. La consigna fue escribir solo con la letra O.

Extraño todo de mi entrañable amigo Leopoldo Brizuela. Y sobre todo extraño su risa, compartida. Por largos periodos hablábamos por teléfono casi a diario, o intercambiábamos desopilantes mails en los que imperaba el lenguaje intervenido, lleno de sorpresas. A veces nos escribíamos sólo con A y yo firmaba la Val. Más originales eran las veces cuando nos solazábamos en el Oñol, ese español sólo con O, y él firmaba Lopo.

Así, en asidua colaboración fue naciendo de a poco, a veces en frases sueltas o alguna escena trunca, la fábula queer *Jopo Rojo con Lobo*, tenuemente sugerida por mi cuento *Si esto es la vida yo soy Caperucita roja*, de *Cuentos de Hades* que con inigualable generosidad y talento prologó Leopoldo.

También atesoro sus sátiras políticas en verso. ¡En estos momentos aciagos cuánta falta nos hace Leopoldo para atender el precepto patafísico de no tomar lo serio en serio!



Caperucita Roja según Doré (Intervención digital: A.M.)